SARA BÚHO

PERDÓN A LA LLUVIA

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI

XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX

LXX
LXXI
LXXII
LXXIII
LXXIV
LXXV
LXXVI
LXXVII
LXXVIII
LXXIX
LXXX
CRÉDITOS

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Perdón a la lluvia es una inspiradora colección de reflexiones, poemas y frase que fueron compartidos por primera vez por la autora en redes sociales y que ahora vuelven a los lectores en formato papel. Una edición muy cuidada que la misma Sara Búho ha concebido como un cuaderno de notas íntimas, rebosante de su sensibilidad única y de su rico universo creativo. Los poemas irán acompañados de frases manuscritas y dibujos originales de la propia autora y no faltarán textos inéditos.

Al igual que en su anterior poemario, y en palabras de Gioconda Belli, «permanecerán sus versos rondándote mientras vuelan frágiles pero contundentes frente a tus ojos».

SARA BÚHO

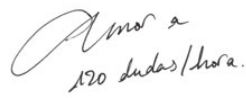
PERDÓN A LA LLUVIA

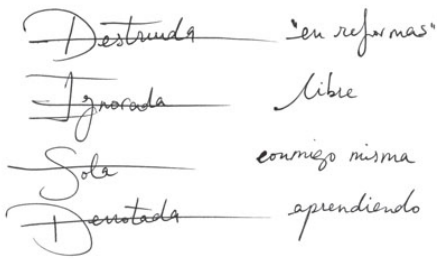
Para quienes sienten
a pesar de todo.

Aún no sé
respirar aquí sin
abrazarme el corazón.

I

Escribo este libro
por todas las veces
que creí haber aprendido algo;
por los tropiezos
que borran la verdad
una y otra vez;
y por la verdad renovada
que se instala firme
dispuesta a romperse de nuevo
en el corazón.


Amor a
120 dudas/hora.


Destruida
"en reformas"
Ignorada
Libre
Sola
conmigo misma
Devotada
aprendiendo

La duda es el
sueño
acercándose a ti.

II

«Me has roto el corazón,
así que tú,
tú,
tú
tienes que repararlo», decía.

Y así siempre recibía dos golpes:
uno sobre el amor
y otro sobre la herida.

Oportunidad X

Enamorarse del modo en que la otra persona se hace cargo de sus heridas.

Y solo al tenerte
entre mis brazos
entendí que esta
nueva fuerza
casi animal
nace de la ternura.

III

Dices que mi cuerpo es también tuyo,
compartido,
es decir, que no es mío del todo;
que tienes derecho,
por amor,
a poseerlo y disfrutarlo.
Dices que no entiendes
que no esté de acuerdo,
que tu cuerpo es también mío,
que lo compartes con gusto,
por amor.

Y yo, por amor,
cedo.
Cedo para no discutir,
cedo para que no sientas
eso que dices de que
ya no me gustas,
cedo porque si no
dejas de mirarme
dejas de hablarme.

Cedo, por amor,
y solo tengo ganas
de que todo termine.

Mi mente vuela,
cada vez estoy más lejos
de mí misma,
de mi cuerpo.

Me odio por no ser capaz
de marcharme de aquí

y no volver nunca.

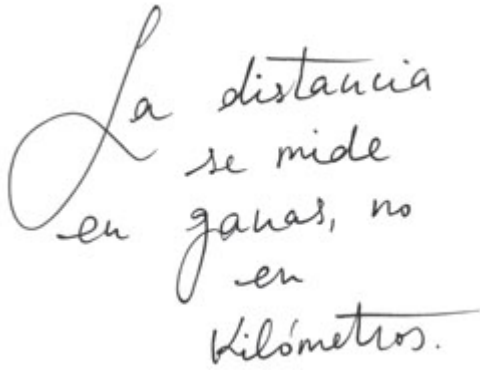
Esto no es amor.

Solo tú
podrías tejer
raíces en
el cielo.

La nostalgia que más
pesa es la que
se siente por las cosas
que no llegaron a
suceder.

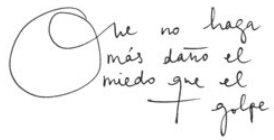
IV

¿A qué distancia estamos?
Un beso puede
contener kilómetros
a pesar del roce de los labios,
y a la vez
un abrazo puede existir,
piel con piel,
a pesar de que los cuerpos
estén uno en cada punta
del mundo.



V

Vente a mi lado
pero quédate detrás
donde mi sombra te protege
de todo eso a lo que yo
sí puedo enfrentarme.
Cuidado,
no se te escape algún destello
que brille más que mi presencia.
Cuidado,
no atines a ser mejor que yo
y de pronto mi sombra ya no pueda cobijarte.
Cuidado, no vaya a ser
que existas y te sepas capaz
y ya no me intereses
lo suficiente.


Que no haga
más daño el
miedo que el
golpe.

Desde ti no me
corto ni un verso
Cuando se trata
de querer.

VI

Me enamoré de ti
como no debía,
a ciegas,
de espaldas al mundo
y de espaldas a mí misma.
Fuiste un puzle imposible
al que siempre iba a faltarle una pieza,
la que escondías a propósito
para que perdiera la cabeza
tratando de resolver tus luces, tus sombras,
y que al final nada tuviera sentido.

Me enamoré de ti
como no debía,
con esperanza,
queriendo cambiarte,
con pena.
Me deshice para ser
lo que tú querías,
nada, nadie, otra;
para reafirmar tu superioridad
cuando de mí ya no quedara
ni el recuerdo de quien fui.

No me enamoré de ti,
caí en una trampa
camuflada de historia de amor,
una mentira que contarle
a la gente que quiero
para fingir que no tenían
que preocuparse por mi mirada
cansada de tanto naufragio.

VII

Calma es pensar
que pasaremos toda la vida
aprendiendo a caminar,
que el tropiezo
forma parte de todo esto;
que el drama de quererte
hubiera sido menos
si en lugar de llevar tacones
hubiera ido descalza.

VIII

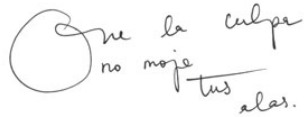
Me hiciste tanto daño
que es más fácil negarte
que asumirte.

Corro, pero en cada
camino que tomo me
encuentro conmigo misma
huyendo de mí.

Me duele la piel
de no quererme.

IX

Qué raros esos días en los que sabes que no puedes salvarte. Que te ves desde fuera y no sabes medir si pesa más el cuerpo o la pena. Qué raros los días en los que el intento se convierte en un sentimiento más donde solo cabe la sonrisa dibujada en un calco de los días que no fueron tan raros.


Que la culpa
no moje tus alas.

La verdadera amistad
es algo parecido a
existir en varios
cuerpos.

x

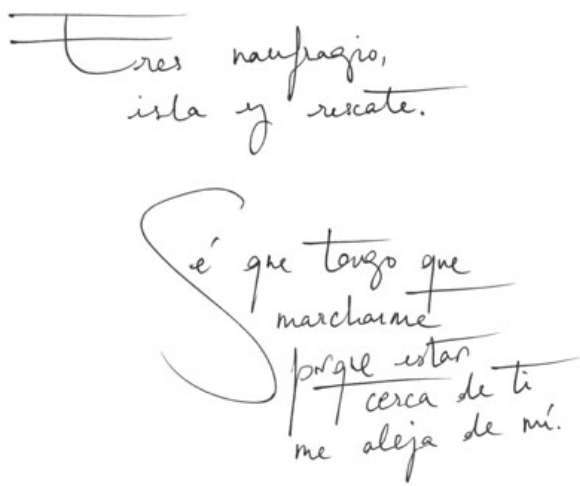
Y no sé si soy yo,
perdida,
dejándome llevar por tus movimientos.
Volando con tus alas
el cielo no sabe a conquista,
sabe a aquellas tardes largas
de anhelos
que un día me abandonaron.

Estar cerca de ti me aleja de mí,
y no sé si soy yo empequeñecida,
o si es que cuando intento mirar el mundo
apareces en el centro
como las agujas de un reloj,
haciendo de la vida algo cuantificable,
condicionando el tiempo a
horas,
minutos,
segundos
que giran alrededor de tu mecanismo.

Sé que tengo que marcharme
porque quedarme
es condenarme a desaparecer.

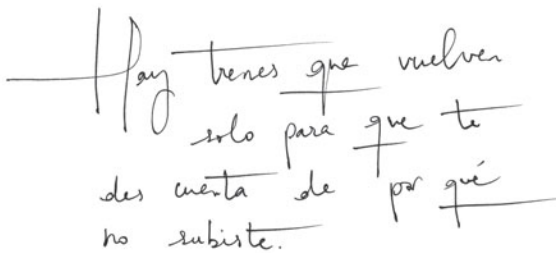
XI

Escribí esto sin pensar. El sol pegaba con fuerza y quería convertir una sonrisa en un cheque en blanco. Supongo que quise decir que era una historia completa, con su introducción, su nudo y su desenlace. Tú rompes mi barco, tú me ofreces tierra firme, tú me rescatas. ¿Y yo qué? ¿Dónde queda mi propio movimiento, mi raíz? ¿Dónde están mis ruinas? Supe tiempo más tarde que nadie debe abarcar todo ese espacio, que era demasiado. Que yo debía despertar de un letargo que hacía fácil la presencia invasiva de los demás. Yo era pared para la hiedra, el lugar donde va a romper la ola una y otra vez. Yo era el naufragio, la isla y el rescate.



XII

Cuando te hacen mucho,
mucho daño,
pasa que luego te hacen
un poco menos
y parece suficiente.



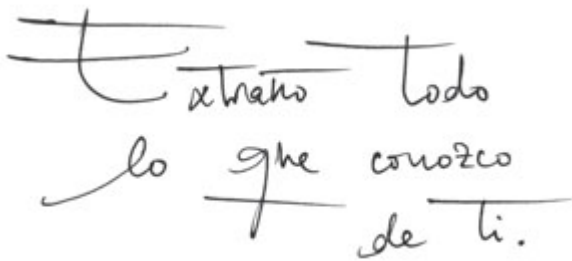
Tu ausencia está
presente en cada
uno de mis
futuros.

Ya no me despistan
los detalles:

el amor
es una luz
compartida
que no hace
sombra.

XIII

Nunca supe si fueron mis expectativas o su manera de mostrarse. Cuando pasa la primera fase y las mariposas duermen, despierta la parte menos estética de la verdad. Es ahí cuando eliges, cuando conoces, cuando desempañas los cristales para mirar las formas nítidas de las personas. Creo que me quedé demasiado tiempo mirando, intentando que mis ojos vieran las líneas como estaban pintadas al principio. Intentando recibir su amor como yo quería que me envolviera, intentando ajustar sus miedos a los míos, sus futuros a mis inercias. Creo, definitivamente, que de tanto mirar me quedé atrapada en el deseo y desdibujé sus maneras. Que de tanto querer ser, me olvidé de quiénes éramos. Me olvidé, y un día dejamos de ser un espejismo para aparecer de golpe. Porque la verdad, cuando incomoda, crece hasta romperlo todo.



XIV

Un puño golpea la pared,
retumba en el cuerpo.
Los ojos cerrados no bastan
para que la realidad parezca
una pesadilla.

Un empujón.
Un lloro.
«Mira lo que he hecho,
¿qué nos está pasando?»

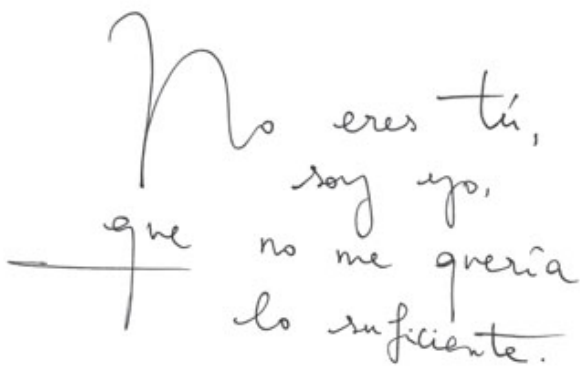
Basta una duda para quedarse
cuando estás atrapada
luchando en dirección contraria.

Quería enseñarle el amor
para salvarnos,
pero yo tampoco lo conocía.

Por eso me quedé.

XV

Qué estoy diciendo. Eras tú, también tú, sobre todo tú, llevándome al olimpo y, una vez allí, haciéndome sentir que solo tus ojos podían mirarme como lo hacían. Tú, solo tú dueño de mi cuerpo, solo tú dueño de mis ganas, de mi tiempo. Solo tú y mentiras, y heridas, y un amor jaula disfrazado de libertad, pintado del color del cielo. Tú tejiendo tu narcisismo con mis entrañas, tú cada vez más gigante y yo diminuta, casi inexistente.



XVI

Solía pensar que lo contrario a querer
es rendirse.
Tardé en entender
que el amor no consiste en
quedarse para siempre.
Ahora lo sé:
amar es saber permanecer
a la distancia precisa.

Pongo mi mano en
tu rostro
y toda mi existencia
se acumula
en el pecho.

XVII

Quiero estar donde el ruido suena más fuerte
que la nostalgia,
decir adiós a muchas cosas
para que tu ausencia pase inadvertida.
Quiero que todo huela a ti
para que tu perfume no sea tuyo
sino de todo y
al fin
deje de doler.

Me sitúo a
contraluz para
comprobar en mi
sombra si sigo
teniendo cuerpo.

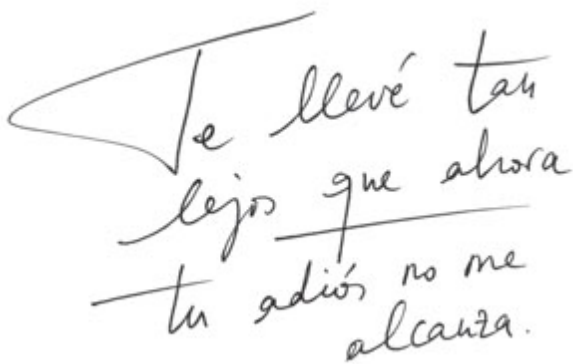
XVIII

El amor no todo lo puede,
pero cuántas veces lo intenta...
lo intentamos;
y es en esa medida, en la que
nos anteponemos al fracaso,
cuando al fin
definitivamente vencemos
o llegamos demasiado tarde al adiós,
y el amor, que no todo lo puede,
reaparece convertido en otra cosa:
en un empeño,
en un empecinamiento,
en un querer que salga bien
aunque ya no quede
nada de lo que era,
nada de lo que fuimos.

XIX

Adiós con la mano,
con el caminar decidido,
con los labios,
con la voz,
con el gesto,
con todas las fuerzas,
con todas las ganas.
Adiós con todo
menos con la mirada,
con todo
menos con la memoria,
con todo
menos con el recuerdo.

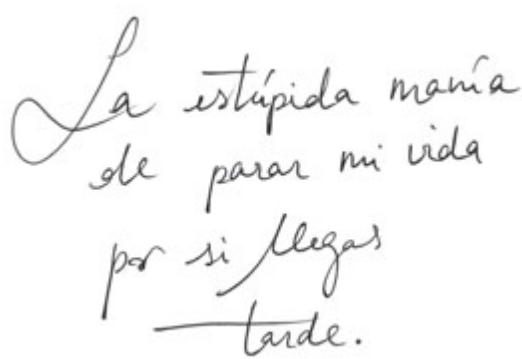
Lo más difícil del adiós
es llegar a tiempo.



xx

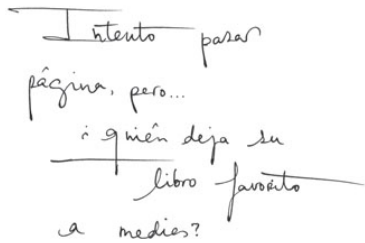
No me arrepiento de esperarte,
me arrepiento de no haberlo hecho
en movimiento,
de quedarme quieta
y poner mi vida en pausa
para que nuestros caminos
se acercaran
y así saltar de mi tren al tuyo.
Me arrepiento de abandonarme
a tus vías, a tu equipaje,
a tu destino,
de agotar el oxígeno compartido
y hacer de mi voz un susurro.

Ahora no sé volver,
no sé dónde caeré si salto
porque tu vida no puede detenerse
ni un segundo;
pero si fui valiente para dejarlo todo
también lo seré para quererme
como te quise querer.



Te quiero como debería
quererme a mí.

La huella
en el camino
hacia nuestros sueños
la deja antes
el corazón que
el caminar.

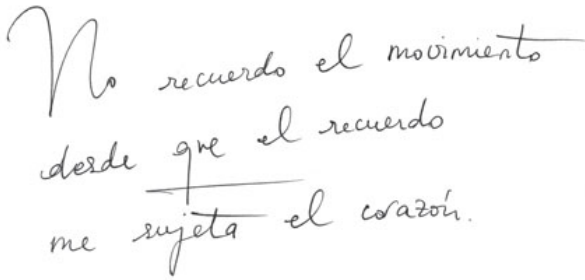

Intento pasar
página, pero...
¿quién deja su
libro favorito
a medias?

XXI

La nostalgia me tiene,
me atrapa.
No recuerdo el movimiento
desde que el recuerdo
me sujeta el corazón.
No estoy en los lugares
que habito,
no estoy en las conversaciones
que mantengo,
no estoy en las risas
que profiero,
no me tengo.

Dicen que el amor no duele
pero
¿qué hago yo con todo
este miedo?

Miedo a querer como quise,
miedo a no volver a querer,
a no saber querer
de otra manera,
y miedo, sobre todo,
a volver a dejarme querer
desde la herida.



XXII

Tengo cita en la peluquería para dentro de una semana. Ojalá hubieran tenido hueco para hoy. Algo dentro de mí está gritando que necesito un cambio, y sé que no tiene nada que ver con el pelo. Lo sé. Es esa misma voz la que ha hecho que cambie los muebles de sitio, la que me ha hecho comprar sábanas nuevas, la que quiere un nuevo piercing o tatuaje, ropa nueva quizás. Una voz que no calla y se amplifica en soledad.
Algo en mi interior pide que busque solución, pero no señala a qué; este caos está escondiendo la herida. No la encuentro, huye de un lugar a otro del pensamiento y me agota. Ojalá pudiera huir de la nada.

Dicen que el amor

no duele, pero...

¿qué hago yo

con todo ese miedo?

XXIII

No es una huida, es un rescate.
Corro como un animal hambriento
de sí mismo.
Soy depredador y presa,
un escondite en el desierto

y el desierto también soy yo

con su todo y con su nada.

XXIV

Hay personas y recuerdos contra los que no merece la pena luchar con mucha fuerza. Hay gente que cala, sencillamente, y pasa a formar parte de nosotros. Creo que es más fácil a veces entender lo bueno y lo malo que nos han dado desde la calma, e ir dejando que el tiempo y la vida nos vayan poniendo nuevas ilusiones emocionales en el camino.
A veces, el olvido en el amor es como un *boomerang*: cuanto más fuerte lo lanzas, antes vuelve el sentimiento.

Solo pude ver
la luz
cuando estuve
preparada para alzar
la mirada.

Me duele
la sonrisa
de no querer
sonreír más.

XXV

Decepción es una emoción
que me lleva a lo irreparable.
Tengo todas las piezas
de lo que se ha roto
pero ya no encajan.
No puedo poner el oro,
no puedo hacer algo hermoso
rellenando grietas
de trozos que no coinciden.
Como si al caer,
el plato se hubiera transformado
en jarrón
y ya no pudiera ver la forma.
Como si al caer,
la memoria no dejara de jugar
con todos los tiempos verbales
del verbo ser:
fuiste, ya no eres,
¿alguna vez fuimos?
éramos, porque mientras creía éramos,
pero no eras,
o no todo el rato.
No tú.
Tú no.
Certeza rota con tendencia
a no haber existido.
Eso eres.
Eso somos.

Tú y yo recorriendo
París y mi incertidumbre
desdibujándole.

XXVI

La nostalgia es una trampa,
miel de recuerdos,
arenas movedizas de tiempo
en el presente.

La nostalgia es una manta
que arropa la tristeza,
que abraza la lágrima tibia
en los días donde
la sonrisa se esconde.

La nostalgia es un trago largo
para un corazón sediento,
hasta que
sin querer
lo
ahoga.

Una vez escribí:
«Que los recuerdos sean alas,
nunca cadenas»
y es que la nostalgia
es el pasado
jugando con la memoria,
dejando en trance los días,
negando los nuevos pasos.

Qué fácil caer.

No sé mirar
hacia delante
si estás tú
aquí
mirando
hacia detrás.

XXVII

No es difícil confundir la ira
con un incendio.
Arde la piel de dentro hacia fuera,
el tacto se queda dormido
y no noto ni tan siquiera las uñas
que como puñales clavo en la palma de mis manos.

La ira se posa en mi corazón
cuando el corazón de quien quiero sufre.
La ira se posa en mi corazón
cuando observo la herida injusta
en otra piel que no es la mía.
La ira se posa en mi corazón
cuando mi cuerpo no puede
con el peso del mundo.
Cuando el peso del mundo
es un mal
que no reconozco a tiempo.

No conozco el fuego de la ira
sin la lluvia del llanto,
sin la culpa y sin la pena.
La ira es una piel
que aprieta,
que no está dentro de mí,
que no entiendo
que no quiero.
Un virus ajeno,
una fiebre que quema
todo el dolor
que no puedo soportar.

XXVIII

A los tres años tuve miedo a la oscuridad
A los cuatro tuve miedo de la tristeza ajena cuando mis padres se separaron.
A los cinco tuve miedo a sumergirme en el agua.
A los siete tuve miedo de cambiar de vida.
A los ocho tuve miedo de un profesor de matemáticas y a las matemáticas.
A los diez tuve miedo de unas niñas que me hacían el vacío en gimnasia rítmica.
A los once tuve miedo a la ESO.
A los doce tuve miedo al patio del recreo de los mayores.
A los trece tuve miedo al desamor.
A los catorce tuve miedo a una operación de espalda que nunca se produjo.
A los dieciséis tuve miedo al instituto.
A los diecisiete tuve miedo a la universidad.
A los veinte tuve miedo de haber hecho daño.
A los veintiuno tuve miedo a no saber relacionarme.
A los veintitrés tuve miedo de las personas.
A los veinticuatro tuve miedo a la soledad.
A los veinticinco tuve miedo al tiempo.
A los veintiséis tuve miedo al abandono y a la propia tristeza.
A los veintisiete tuve miedo de no haber aprendido nada del miedo.
A los veintiocho tuve miedo de no haber aprendido nada de la tristeza.
A los veintinueve tuve miedo de lo que el miedo había hecho conmigo. Tuve miedo del miedo, de la inercia, de la falta de control sobre el propio cuerpo, sobre la propia historia, sobre mi propio amor; el miedo invade todo y parece que los recuerdos no corresponden con la vida

vivida. El miedo al miedo, a las fotos, a la memoria, al presente. Miedo convertido en ansiedad, en nudo, en latidos frenéticos. El miedo, una explosión. Miedo a los daños invisibles, a los daños dormidos. Tuve miedo de mí.
A los treinta tengo miedo, pero he aprendido a dejar de huir. Ahora que entiendo todos los miedos, solo quiero hacer justicia y permitirme aprender a ser quien quiero: sin culpa, abrazándome, con calma.

Regalar la mejor versión
de uno mismo
puede llevar a confusión.

XXIX

Siempre tuve miedo a las atracciones. Mi cuerpo es pequeño y delgado y nunca terminé de sentirme segura dentro de esos enormes cinturones metálicos que te protegen de caer al vacío. Me quedan demasiado grandes, no puedo evitar pensar que todo mi ser podría resbalarse entre ellos en un giro mortal y dramático de los acontecimientos. Luego veía a personas minúsculas subir y hasta soltar las manos en el momento de más peligro. Los cuerpos se hacen grandes y pequeños dependiendo del miedo, está claro.

Hace poco encontré una conexión, y parto de un error de base: la montaña rusa no era la vida, era yo. Todo eso que me hace temblar, como la velocidad, el ruido de las ruedas pasando por el mecanismo, la estructura infinita de raíles que sube y baja y gira y vuelve a girar, el poco control..., todo eso no era la vida o el camino. Lo que me empequeñecía era verme reflejada, asustada de mis miedos, asustada cada vez que poco a poco iba subiendo y sabiendo que no merecía o no iba a ser capaz de soportar la cima por pánico a afrontar el derrumbamiento. Era yo, la montaña rusa era yo. No la vida. No estaba preparada para esa adrenalina que nace de saberse; saberse emocional, saberse genuina y que así bastara. Quererse sin miedo a ser esa montaña rusa.

xxx

No es una huida, es un rescate.
Corro como un animal hambriento
de sí mismo.
Soy depredador y presa,
un escondite en el desierto
y el desierto también soy yo

con su todo y con su nada.

Le pedí mi tiempo
y no lo entendió:
yo quería que
me lo devolviera.

Nos gusta
sentirnos libres
pero no prescindibles.

Lo que escuece
no es la sal,
son los labios.

XXXI

La primera vez que caí
no aprendí,
solo contuve el aire,
lloré hasta quedarme dormida
y luego dormí
hasta que mis ojos se cansaron
de estar cerrados.

La siguiente
nada cambió demasiado,
lloré más fuerte
y dormí menos.
Aprendí a huir
y me alejé un poco de mí
sin perder de vista el punto de partida.

Cada vez más lejos
descubrí mis tormentas,
me hundieron
y aprendí a flotar
pero hoy vuelvo a la orilla
y no encuentro
a la chica que dormía

hasta que sus ojos se cansaban
de estar cerrados.

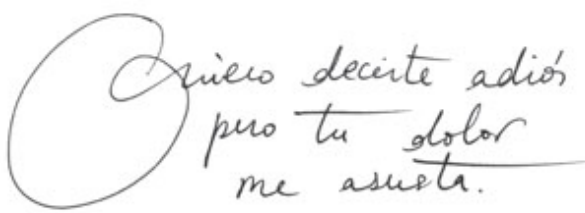
después de tanta
herida
reconozco el camino a casa
pero no me lleva
hasta mí.

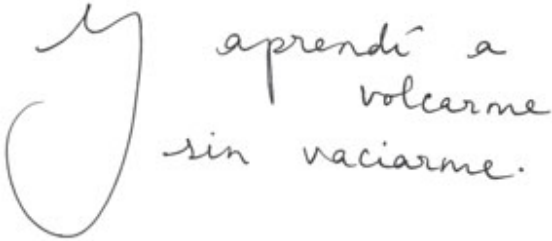
Él no supo qué
hacer con tantas promesas
y ella no supo qué hacer
con tantas estrellas.

Cuando te dije
que usaras el corazón
~~me~~ me refería al ~~tuyo~~,
no al mío.

XXXII

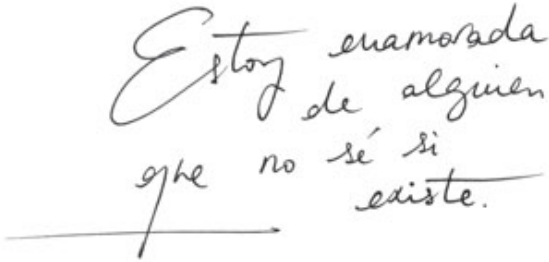
Nunca se me dio bien. El adiós perfecto requiere valentía, entereza, confianza, determinación y amor. A mí el amor me roba todo lo demás. Pronunciar el adiós perfecto es sujetar el propio dolor y prepararse para recibir un nuevo impacto. Lágrimas, abrazos. Los límites impuestos al tacto bailando como si lo único que pudiera retener el sentimiento fuera la piel; los labios buscándose ansiosos sabiendo que cada beso es el último, la adrenalina del daño dejándonos a la misma distancia de la huida que de la mentira. Qué difícil quedarse quieto ante una herida que acabamos de abrir. Qué frustrante la certeza, el saber que no soy yo quien debe curarte; secar tus lágrimas y querer borrar su origen, es decir, borrarme. Nadie sale intacto de una despedida, porque en el fondo está diciendo adiós a una versión de sí mismo que ya nunca va a volver a existir, que ya solo vivirá en la cicatriz de otra persona.





XXXIII

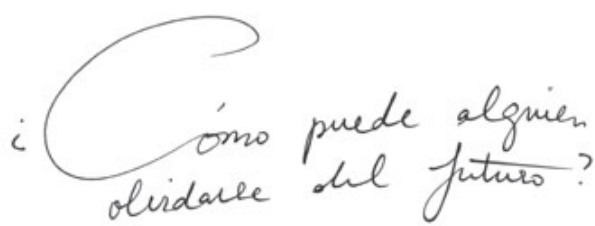
Escribí este verso como un propósito, pero en ese momento en mí no quedaba ni un ápice de fuerza. No había aprendido, y hubiera sentido rabia y pena si mis células me hubieran concedido unas gotas de energía… así que solo escribí; lo escribí para proyectar un escenario futuro en el que no sentirme tan idiota.

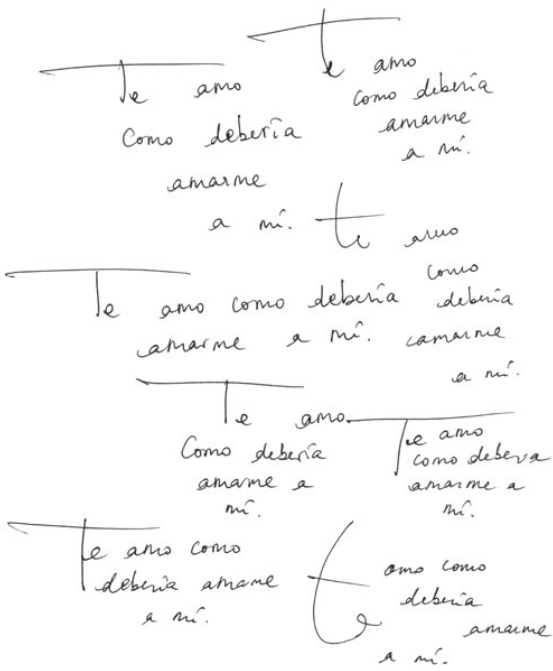


XXXIV

No es suficiente a veces
romperse las manos
tachando un nombre propio.
No es suficiente
borrar el recuerdo
por el desgaste de usarlo.
Olvidar con calma
es darle tiempo a todas las lágrimas
para encontrar la salida,
visitar imágenes
por resignación y por inercia
hasta que el dolor no duela,
hasta convertirlas
en lugares tan conocidos
que dejen de estar presentes.

Sujeta la herida sin miedo,
con las manos limpias,
y deja que el corazón entienda
que el olvido no existe,
que el olvido son los recuerdos
que ya no duelen.




Te amo
Como debería
amarme
a mí.
te amo
como debería
amarme
a mí.
Te amo como debería
amarme a mí.
como debería
amarme
a mí.
te amo
Como debería
amarme a
mí.
te amo
como debera
amarme a
mí.
te amo como
debería amarme
a mí.
amo como
debería
amarme
a mí.

XXXV

Me enamoré como por primera vez
muchas veces,
y digo como por primera vez
porque tardé demasiado
en aprender algo
de todo aquello.
El amor era pasajero
pero exigente, doloroso,
poco crítico,
poco atento al silencio,
apegado al ruido
y a la falta de voluntad.

Querer era querer todo ya
hasta agotarlo,
tomar los moldes
de una vieja comedia romántica
y ajustar los márgenes
hasta convertir los días
en capítulos.

No hay defectos
hasta que la película te consume.
No hay problemas
hasta que llega el nudo
y el desenlace no es
el que se suponía.

Me enamoré como por primera vez
todas las veces
porque así podía huir
durante un tiempo
del resto de cosas,

porque no sabía hacerlo de otra manera,
porque no sabía que sentir mucho
era mi identidad,
y no ellos.

Me enamoré como por primera vez
todas esas veces
porque no sabía existir.

El paraíso tiene
más de con quién
que de dónde.

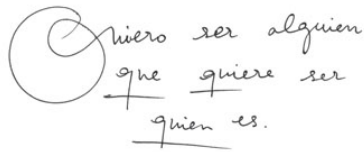
XXXVI

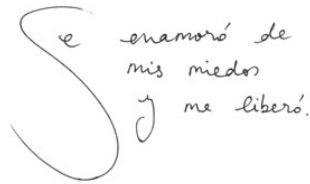
En algún lugar hay dos personas
suspirando a la vez
sin buscarse,
temblando el mismo miedo
sin consolarse,
huyendo del mismo sentimiento
sin acercarse.

Hay cierta simetría en las despedidas
de quienes no se quieren marchar.

XXXVII

Para sanear mi relación con las palabras
y su sentido
necesité alejarme de todos aquellos
que no hacían lo que escribían.


Quiero ser alguien
que quiere ser
quien es.


Se enamoró de
mis miedos
y me liberó.

XXXVIII

El amor es una luz compartida
que no hace sombra.

XXXIX

Me convenciste de que
si te marchabas
te llevarías el sol.
Mírame amaneciendo
un día más:
yo soy el sol.

XL

Uno sabe cuándo los besos
se están agotando.
Nos dábamos la mano
pero mi piel no estaba,
y de igual modo nos besábamos
pero mi beso…
ausente.

Todo mi cuerpo
era una despedida
en un idioma
que tú no querías entender.

Me ahogué en todos los adioses
que no pronunciaba,
y en las mañanas
los pájaros lloraban.

XLI

Una despedida son dos adioses
que se oyen a la vez
pero no se escuchan al mismo tiempo,
y yo te llevé tan lejos
que ahora tu adiós no me alcanza.
pero no se escuchan al mismo tiempo,

Sé que ya no estás
y el dolor se posa
en las agujas del reloj.

Pronuncio mi nombre
desde el fondo de un pozo infinito
y suena el tuyo.
desde el fondo de un pozo infinito

Duelen las heridas
de no saber cuáles son tuyas
y cuáles son mías.

Mi corazón se ha vuelto a romper
por el mismo sitio
porque en mí nada ha cambiado
lo suficiente.

Estoy en el mismo lugar
aunque el escenario sea otro.

Una despedida son
dos adioses que se oyen
a la vez
pero que no
se escuchan al mismo
tiempo.

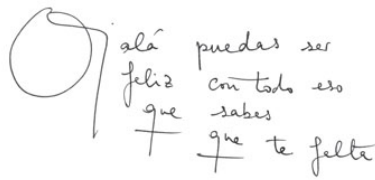
Sé que ya no estás
y el dolor
se posa
en las agujas
del reloj.

Que estoy preparada
para que te quedes,
pero no para luchar por que
lo hagas.

XLII

Quiero despedirme
pero tu dolor me asusta,
y cuanto más te alejo
más te clavas
en la memoria.

Siempre hicimos todo
de la mano,
¿cómo puede cada uno
tomar su camino
si no sabemos soltarnos?


Ojalá puedas ser
feliz con todo eso
que sabes
que te falta.

XLIII

Sé que querrás salvarme
sin querer,
y yo, sin querer,
querré que lo hagas.

Mi apariencia es frágil,
mi voz apenas un hilo.

Querrás entrar en mi vida
para cuidarme,
incondicional y cálido
como un suspiro que vuelve
en el momento justo.

Querrás ser mejor,
no hacer lo que no debes,
ajustar nuestras libertades
hasta que no sepamos ser
sin sernos.

Querrás amoldarte a mis medidas,
acortarnos los relojes que un día
marcaban horas infinitas.

Pero me verás y no me encontrarás
un día,
mi voz será rotunda quizás
y ya no pareceré frágil cuando
mi piel madure y mis pasos
no los borre ni siquiera el mar.

¿Me querrás entonces?
¿Cuando mis fragilidades y tus manos

no se atraigan
o se transformen en otra cosa?
¿Dejarás que sea fuerte
por todas las veces que tú lo fuiste?
¿Podrás descansar?

¿Podrás escapar de lo aprendido,
de lo sentido,
de lo usado?

¿Podremos ser de nuevo
lo que siempre quisimos?

Que no muera
en ti
aquello que te
da
la vida.

La única luz capaz
de atravesar un
cuerpo es la que
desprende otro.

XLIV

Que me perdone la poesía:
una mirada dice más que un millón de versos,
y aunque te haya escrito mil poemas,
quédate con mis manos cuando acarician tu pelo,
con mi cuello cuando sostiene tu abrazo,
con mis lágrimas ausentes
cuando las tuyas afloran
y todo mi ser se transforma en un escudo
que quiere protegerte del mundo.
Quédate no porque te enreden
mis palabras,
no por el decorado,
no por el artificio.
Quédate conmigo porque decido quedarme cada día.
Quédate conmigo por lo que hago,
no por lo que digo.

XLV

Sí, tengo la piel fina,
permeable a las malas emociones,
a los malos deseos.
Mis huesos se quiebran
con los golpes que tú recibes,
lloro con tus lágrimas,
tiemblo con tu frío.
Es agotador vivir
con tanto estímulo,
aprender a flotar en mares
que en otros cuerpos son charcos;
aprender a existir así
requiere un talento extra
para levantarse y estar en el mundo,
para domesticarse y navegarse,
para alzar el corazón a pesar de todo
y derribar muros.

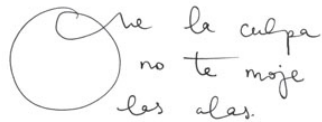
Cuesta no derramarse,
lidiar con la lágrima
que quema y destruye
sin repudiarla y sin dejarse vencer.

Cuesta manejar los incendios,
pero mira cómo bailo sobre las brasas.
Cuesta adiestrar el tacto demandante,
pero mira cómo beso mis espinas.

Desde que sé quién soy
soy más dueña que nunca
de mis tiempos,
yo decido cuándo dejarme ver
completa, compleja y salvaje.

Completa,
Compleja
y salvaje.

Echarte de
menos,
el privilegio de
haberte vivido.


Que la culpa
no te moje
los alas.

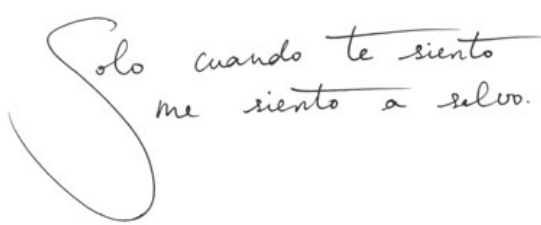
XLVI

No es extraño, ni malo, ni enfermizo.
El calor de la guarida es lo contrario al frío,
es decir, un latido constante que conecta
los cuerpos, los miedos,
y los calma.

Tu mano sujeta mi rostro
y noto la paz entrando
por los poros
como si la piel siempre
hubiera vivido en guerra.

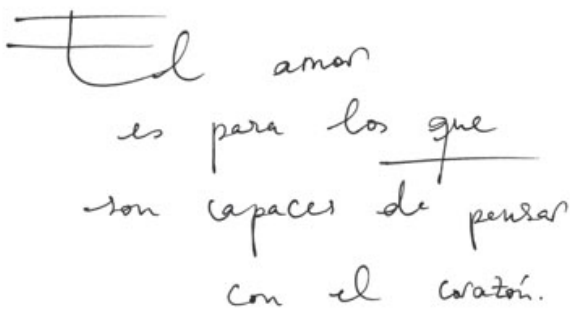
Me cuentas historias
en las que podría quedarme a vivir
y si no a soñar
para estar a salvo de la vida
durante un rato.

No es extraño, ni malo, ni enfermizo.
Sentir la calma al cerrar los ojos
mientras me acomodo en tu regazo
y que el mundo quepa en un suspiro,
que estemos a salvo.



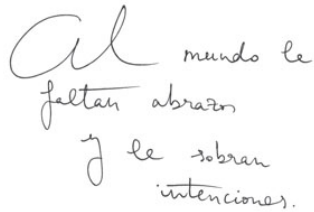
XLVII

Escribí esta nota un verano. Olía a dama de noche y empezaba a entender algunas cosas. Me desilusionaba la idea de que el sentimiento no bastara, de que no fueran suficientes ni definitivas las mariposas del principio; y que tampoco lo fueran el sacrificio, los kilómetros de ida y vuelta, la ternura o las palabras de amor. Ni la risa era suficiente. Algo se estaba desvaneciendo y me negaba a verlo; asumirlo iba a llevarme por un camino que creía que no volvería a transitar. El amor es para quienes son capaces de pensar con el corazón, y yo no sabía hacerlo. Para mí el amor era amor, amor y amor. Sin límites, con barra libre de perdones y oportunidades; con sufrimiento necesario hasta la asfixia. El amor era agotar el encanto inicial hasta llegar a un precipicio y entonces dar un salto al vacío; y, una vez en la nada, continuar empujando el querer para ver si así se hacía realidad. Cuando no piensas el amor, corres el riesgo de desaparecer con él.



XLVIII

La idea de que ya no sientes
lo que un día sentías
se ha instalado como un virus
que aparece en forma de imagen,
de suspiro,
de sobresalto.
Leo en tus ojos la inercia,
la reconozco,
sonríes porque yo sonrío,
me besas porque yo te beso,
lo intentas porque
no hacerlo es más doloroso.
No lo piensas,
no te detienes,
no quieres dañarme
ni renunciar a la calma;
pero sabes, como yo sé,
que vivimos en un intento.
Me aferro a ti con fuerza
y siento tu desgana con más intensidad.
Me contagio del desamor
mientras finjo que no,
pero yo no sé estar aquí
de esta manera.
Luchan el orgullo y las ganas
por devolver al corazón
todo el amor que se está desprendiendo.


Al mundo le
faltan abrazos
y le sobran
intenciones.

XLIX

Reivindico

con el poder que me otorga el tiempo

el derecho

la oportunidad y

la necesidad de equivocarme

de cometer errores

de tropezar

y de vivir la vida

en el intento.

Soy la aguja de
un reloj
que nunca vuelve
a marcar la
misma hora.

L

A una vida sin errores
le falta libertad.

Dos almas libres,
salvajes y simétricas.

LI

Sentir es pensar
y que el pensamiento
haga cosquillas.

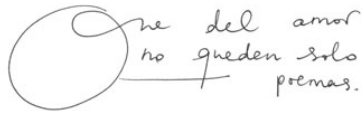
No busques en
la herida lo que
está en tus manos.

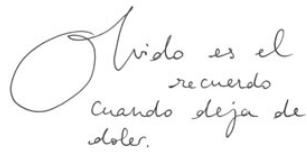
LII

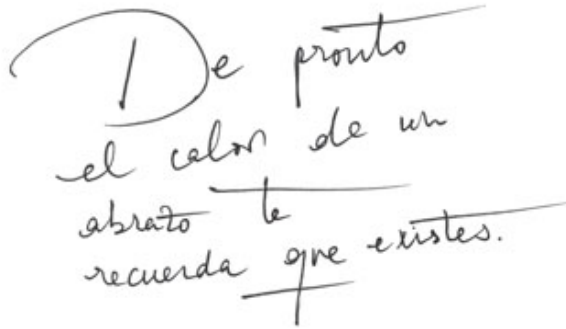
La velocidad de la presencia, cómo debemos poner el esfuerzo en existir constantemente en este plano tan ficticio y tan real que va tejiendo cuerdas a nuestro alrededor. A menudo nos imagino siendo fotos borrosas, pasando por las vidas de los demás como torbellinos que ignoramos con un deslizar de dedos. ¿Existe de verdad, con contundencia, aquello que tiene que esforzarse por estar presente? ¿Puede esta volatilidad calar e instalarse en el plano de la piel? Me asusta la velocidad, siempre lo ha hecho, pero solo cuando no soy yo quien acelera. Necesito volver a algún lugar donde nada importe tanto, donde todo importe más despacio.

El miedo a desaparecer nos hace desaparecer

Cuando dejes de
echarle la culpa
a la piedra,
aprenderás a caminar.


Que del amor
no queden solo
poemas.


Olvido es el
recuerdo
Cuando deja de
doler.



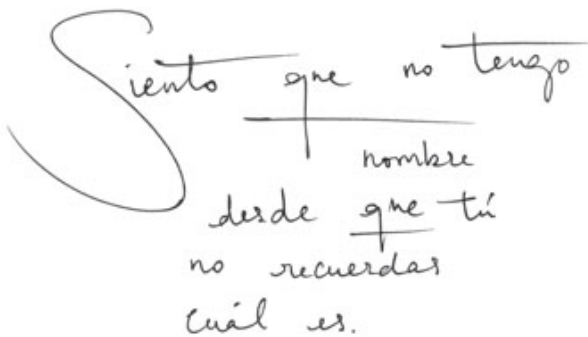
LIII

Qué importantes esas personas
que te dan la mano
en ese preciso momento
en el que no sabes ni tan siquiera
dónde está tu cuerpo.

LIV

Desde que tú no sabes quién soy
quiero olvidar que existo
para no hacernos daño
con el recuerdo.

Si me miras y no me ves
no sé quién soy.



Ojalá que el
tiempo no lo
cure todo.

No hay duda:
el motor del amor
es la risa.

No es un duelo,
es una batalla:
tu ausencia contra
todos mis sueños.

LV

He perdido el miedo
a decir que lo tengo.

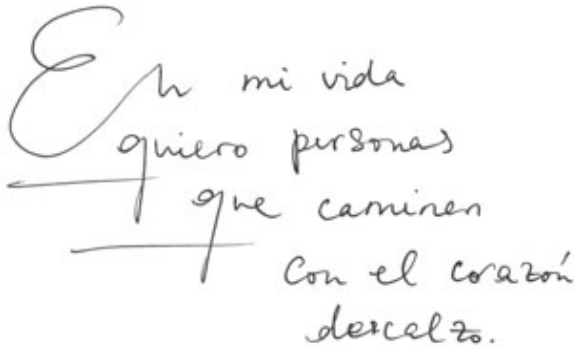
Tengo miedo a que la vida
se convierta en un álbum
de ausencias y recuerdos
que quedaron por compartir.
Miedo a no haber mirado el mar
lo suficiente,
a haber llorado de más
y abrazado de menos.
Miedo a agotarme de mí,
y a estar demasiado tiempo
perdida en el caos
del enjambre de mi mente.
Miedo a no llegar a saber nunca
quién soy
más allá de esta quietud,
más allá de esta tormenta.

Pero si muere el miedo,
muere el deseo;
por eso no quiero vencerlo,
quiero desnudarlo
y que vuelen las ganas
de tenerme ganas.

Me asusta que la vida
se convierta en un álbum
de ausencias y recuerdos
que quedaron por compartir.

LVI

Amistad es enseñarle a la sangre
que dos cuerpos pueden ser hermanos
cuando el amor corre por sus afluentes.



Todo lo que un día
lloramos nos enseñó a
mantenernos a flote.

La vida comienza
tantas veces...

LVII

Bailar sin estar bailando,
reír sin estar riendo,
besar sin estar besando.
Y no es fingir si lo que quiero
de verdad
es bailar bailando
reír riendo
y besar besando.
No es fingir si quiero querer.
Es inercia.
Permanezco en la inercia
por si de pronto
a base de repetición
la vida me devuelve la voluntad.

LVIII

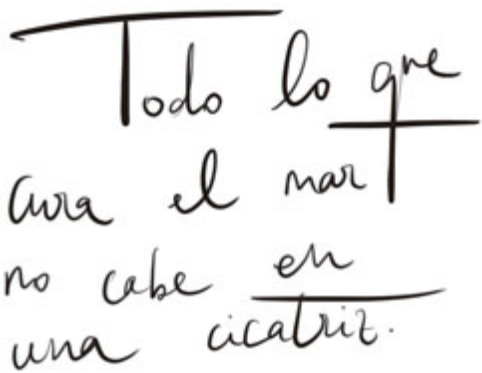
Necesito la cicatriz
para mantenerme a salvo
de un nuevo golpe.

Ojalá que el tiempo no lo cure todo,
no lo borre como si nunca, como si nada.

LIX

A veces pienso que las olas son anhelos,
el movimiento que generan los suspiros
de todas las personas que estamos soñando
con volver a llenarnos el pelo y los pulmones de
salitre.

El mar te acerca a tu insignificancia
y a la vez te hace formar parte de algo inmenso.



Cuídate
siempre.

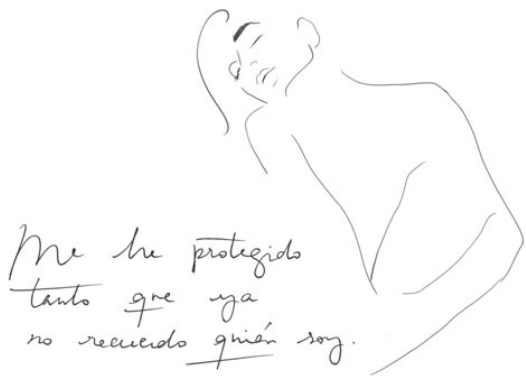
No gusta sentirnos
libres
pero no prescindibles.

LX

Todas mis guaridas laten;
las que están en el pasado,
las que están en el presente
y las que están en el futuro.

LXI

En mi corazón habita un animal herido
que suplica lejanía.
Lleva tanto tiempo protegiendo su herida
que no se ha dado cuenta de que
ya solo quedan cicatriz y miedo,
inercia y silencio,
de que el dolor ha cambiado de forma y de lugar.
Cada suspiro es una súplica
y la súplica suena tan fuerte
que he dejado de escucharme
y esta sordera me desdibuja.
No recuerdo quién era
antes de quedarme atrapada
en mis propias esquinas.
No recuerdo quién era
antes de convertirme
en una trampa repleta de calles
sin salida.
Me he protegido tanto
que ya no recuerdo quién soy,
y ahora el puñal que amenaza mis latidos
está en mis propias manos.


Me he protegido
tanto que ya
no recuerdo quién soy.

Dejé de
darte los buenos días
y desde entonces
no ha amanecido.

el exilio no es una pena
es una puerta abierta
por si decides volver.

LXII

Llorar no era para tanto. Es más, lo echaba de menos. Eso pensé cuando todas mis emociones me abandonaron. Dicen que después de la tormenta llega la calma, pero parecía que la tormenta se había llevado también mi capacidad de sentir. Es desconcertante no estar feliz ni triste; ir a la deriva del reloj y que, a pesar de todo, nada ocurra dentro de ti.
Un día, sin esperarlo, sentí mi piel a través de la tuya. Recordé la electricidad del movimiento, recordé mi propio cuerpo. De alguna manera, recordé que existía a través de ti. En un momento donde no podía definirme sin señalar a la nada, tu abrazo marcó la dirección de vuelta a casa.

LXIII

Aprendí la tristeza desde muy pequeña. La separación de mis padres y sus emociones me distrajeron de la infancia. Les observaba dudar, les observaba llorar, les observaba recopilar sus cosas y meterlas en cajas. Les observaba y me inundaba de incertidumbre. Mi hogar dejó de serlo desde que dejamos de ser tres. Yo todavía no entendía el amor, o más bien no lo pensaba; por tanto, no podía imaginar el dolor, solo mirarlo y empaparme de preocupación.
Un día, años más tarde, presencié por primera vez un ataque de risa de mi madre. De pronto sentí como si mi interior recuperara una luz que no había conocido del todo. Sentí orden, sentí paz. Me sentí nacer.

LXIV

La piedra que se desprende
antes del salto,
el descenso,
el aire frenando el impacto,
el suelo.
Soy la tierra que aguardó paciente
la vuelta de los pasos firmes,
de la primavera y sus flores regalándome
pétalos nuevos
como símbolo de nuevas oportunidades.
Yo soy el precipicio que se rompe,
que se sabe al límite,
que se atraviesa y cae sobre sí mismo
para luego contemplarse desde abajo
y volver a subir para mirarse desde las alturas.
Soy yo,
cayendo
volando y
resurgiendo.

Yo soy el precipicio

Yo soy el precipicio

Yo soy el precipicio

Yo soy el precipicio

Yo soy el precipicio

LXV

En mi DNI aparece la foto
de todas las personas
a las que quise querer
y quise que me quisieran.

Mi identidad fue amar
por encima de mi nombre,
de mi dirección,
y de un puñado de números.

Siento mucho sentir tanto,
esta incapacidad para dejar estar
lo que sucede.

Siento permanecer en
esta búsqueda insaciable,
en este querer salir de mí
para habitar otras vidas.

Mi cuerpo empequeñece
en soledad, me asfixia,
así como también me asfixia
esta falta de mí.

Es difícil deshacerse
de las inercias,
enfrentarlas.

Conozco las huellas,
lo que quiero es aprender
a no volver a perseguirlas.

LXVI

El perdón también se aprende.

Se aprende a domesticar el orgullo
cuando no nos permite ver más allá,
pero también se aprende
a abandonar la disculpa
por sistema, por inercia, por bondad.

No pienso volver a pedir perdón por llorar,
mis lágrimas son un bálsamo,
son libertad.
No pienso volver a pedir perdón
y secarlas para que mi dolor no duela.
No pienso seguir poniéndome en el margen
de todas las situaciones,
ni callar,
ni estar quieta,
ni borrarme.
Mi llanto es mi cuerpo abrazándome,
acariciándome,
dibujando nuevos caminos
a través de mi rostro.

El perdón también se aprende.

Ya no lloro más,
me dije,
como si el daño
lo hiciera mi lluvia
en lugar de tu desierto.

LXVII

A menudo escribo en forma de anhelo. Cuando me siento atrapada, escribo sobre libertad. No es un secreto, vivo con el corazón empapado en nostalgia. Me inunda la nostalgia de los errores, y es tan poderosa que avanza como la carcoma sobre todo lo bueno que también existió. Constantemente siento que nada mereció la pena, intento correr pero pesan los huesos. Me agota sentir tanto, tanto mal.

LXVIII

He acostumbrado tanto al corazón
a vivir más rápido de lo que debe
que ahora la calma no me alcanza.

LXIX

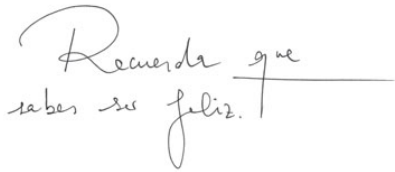
Te escuchas demasiado
y hay cosas que por más que las pienses
solo aprenderás con el tiempo.
De nada sirve torturarse
con la teoría,
de nada sirve
poner a pelear a la memoria
con lo que debería haber sido,
y a lo que debería haber sido
con lo que está siendo.
Si no tienes nada amable que decirte,
no te escuches,
no atiendas.
Es difícil salir de una misma,
cuando te has encerrado
a ordenarte por dentro.

LXX

El papel corta,
y es esa herida incómoda
la que me avisa:
cuida de no ocupar
el espacio suficiente.
Cuídate de los atardeceres
que te lleven a otros calendarios.
Cuídate de permanecer
demasiado tiempo atenta al dolor.

LXXI

Lo más salvaje que hay dentro de mí
es la nostalgia de todas las vidas que no voy a vivir.


Recuerda que
sabes ser feliz.

LXXII

Me tengo que perdonar
por tantas cosas
que es más fácil vivir
en la culpa.
Hay tantos episodios que repasar
que no queda aire en el presente,
tantos caminos por los que volver
que se agotan los pasos;
pero miro al horizonte
y mi mirada siempre llega
al mar.
Sal, aire, arena.
No sé si estoy a salvo,
si he llegado a este lugar tras el naufragio
o si es que siempre he estado aquí.

LXXIII

Ya nada puede salvarme,
ni la poesía
ni tú
ni los pájaros que se posan
cada mañana en la ventana
de la cocina.
He peleado contra el mundo
por amor y por dolor,
buscando florecer entre sus grietas;
pero ya no sé si soy la flor
o el asfalto.
Estoy agotada de sentir tanto,
de tanto mirar hacia dentro.
Estoy atrapada.
Ya nada me hace daño
porque la herida soy yo.

LXXIV

El corazón,
cuando se acostumbra al golpe,
desaprende la calma.

Aprendimos a estar tristes
sin sentirnos culpables,
ahora toca hacer lo mismo
con la felicidad.

Las lágrimas
que te llevaste
siempre
fueron tuyas.

LXXV

Mi tendencia es
descubrirme y descubrir el mundo
de la mano de alguien más.
Tengo la misma capacidad
para la caricia que para
permanecer al borde del precipicio.
La inercia me lleva al refugio
de la piel,
a mirarme en otros ojos
para recordarme que existo.
Tantas veces creí haber resuelto
este dilema
como recaídas experimenté.
Y creo, en este instante estoy creyendo
otra vez
que ahora sí estoy en equilibrio;
miro tus ojos porque
me gusta su forma adormilada,
no para verme,
sino por el mero placer
de leer tu historia.
Es por ti, no es por mí,
es real, estoy queriéndote;
pero irremediablemente sé
que acabaré olvidándome de que existo.
Parece que amo únicamente
para verme
o para desaparecer.

LXXVI

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

No estoy en el mundo
con la suficiente contundencia.

LXXVII

El tiempo va demasiado lento
mientras esperas un golpe que ya conoces.
El estribillo arrancará una lágrima,
dirás adiós,
te despedirás despacio.
Me desintegraré en mil recuerdos,
y pensaré en ti hasta que no duelas.
Voy a escuchar esta canción
hasta que la pena se instale en otro lugar;
a ver quién se rinde antes,
la melodía o el corazón roto.
Las letras son ausencias afiladas
que escribo para sentirte.
Coloco las palabras sobre tu silencio.
Voy a poner en *repeat* este tema
hasta que mis sentidos lo aborrezcan
y quizás así te olvido,
y quizás así me recuerdo.

LXXVIII

Pido perdón a la lluvia
por haberme protegido
de la vida.
Pido perdón a la lluvia
por la inercia, por el silencio,
por la fragilidad.
Por haberme dejado desaparecer,
por no atenderme a tiempo,
por dejarme acorralar
por los fantasmas
de todo el amor mal hecho.
Por haberme dejado manosear
por los cuentos,
por agotar las historias
hasta que ya no quedara nada
de nadie.
Por no haberme puesto a salvo
tras el golpe,
por la falta de determinación.
Por esta huida constante
desde que no supe decir adiós
por primera vez.
Por esta búsqueda insaciable,
por este sentir hasta la asfixia,
por este amar para abandonarme,
por la quietud.
Por no haber sabido hacerlo
de otra manera.

LXXIX

Un día, la inercia se rompe y todo lo que debía estar en segundo plano vuelve a su sitio.
No puedo reescribir la historia, pero sí volver a sus recodos y mirarla desde otro lugar no tan hiriente. Mi tendencia es sentir mucho y pensar con el corazón hasta agotarlo. Sentir con tanta contundencia a pesar de las dudas y de todo lo que está mal es parte de quien soy; permanecer hasta desaparecer; borrar lo bueno en la retirada; huir sin mirar atrás. Viví en cada amor una vida, y fui feliz también. Conocí corazones buenos.

Cae la venda,
lees los errores.

No aprende quien vive
sino quien quiere;
y hoy aquí
abandono la culpa.

LXXX

Después de todo,
tendré miedo
cuando el mar no sea suficiente.
Estaré acabada cuando mire el mar
como quien mira algo que ya ha visto.
Cuando el corazón roto sea motivo suficiente
para no ir a mojarme los pies con su libertad.

El mar,
la lluvia.

;

Perdón a la lluvia
Sara Búho

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Ana Santos

© de los textos y de las ilustraciones, Sara Bueno, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.facebook.com/lunwerg
www.twitter.com/Lunwerglibros

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-19466-07-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!